

Nosotros queremos recoger aquí tan sólo una observación que nos parece esencial. Se puede acaso admitir la descripción que hacen de la situación social colombiana, incluso también —y quitando su parte de exageración— las causas aducidas. Pero donde encontramos un fallo de primer orden y que sitúa al documento en la esfera de lo utópico es al contemplar los remedios que sugiere. Es muy fácil hablar de violencia y de revolución, incluso aconsejarla a los demás. Pero es muy difícil el dar con el “cómo” y más difícil aún el resolverse a aceptar los sacrificios y las privaciones que conlleva una tal actitud. Y el público está ya aburrido de estos revolucionarios “de salón”, que con este tipo de afirmaciones truculentas más que una voluntad seria, denuncian en sus autores una falta evidente de sinceridad, o al menos una ignorancia supina del problema.

Por lo demás, no es preciso señalar la serie de inexactitudes en las que incurre el documento, como al afirmar que la Iglesia colombiana no ha hecho otra cosa que defender a los ricos; como al considerar que la función específica del sacerdote debe ser el servicio de los hombres en lo temporal.

Precisamente hace bien poco tiempo que Paulo VI, hablando a un grupo de neo-sacerdotes y seminaristas mexicanos, declaraba solemnemente: “Por el Sacramento del Orden habéis sido configurados con Cristo Sacerdote como ministros de la Cabeza para construir y edificar todo su cuerpo, que es la Iglesia, siendo cooperadores del Orden episcopal” —citando palabras de la Constitución *Presbyterorum Ordinis*, n. 12—. Y añadía con res-

pecto al punto que comentamos aquí otras palabras de la misma Constitución (n. 13): “La misión que se os confía es la de dispensar los misterios de Dios, como ministros de la Palabra, viviendo lo que tratáis y celebráis, rigiendo y aceptando el Pueblo de Dios”.

El Sumo Pontífice se olvidó —sin duda— de añadir que en esta “misión” que se les confía se incluye también el hacerse solidarios de “todos” los que luchan por la revolución y que deben “hacer llamados” para que los tales prosigan en su lucha, como defienden los del Grupo de Colconda.

Nada hemos de decir de otras afirmaciones, evidentemente impropias de un sacerdote, citadas más arriba al final del documento.

Estos y otros sacerdotes que hacen declaraciones semejantes, suelen quejarse de ser

acusados de comunistas y de que nada pueden hacer en favor de los marginados sociales sin que se les señale con el dedo y se inutilice su labor. Es cierto que hay gentes interesadas en mantener a la Iglesia alejada de estos problemas, pero también es cierto que estas imprudencias del lenguaje (con planes evidentemente irrealizables) no sirven para otra cosa más que para demostrar la falta de una voluntad eficaz en sus autores de llevar a la práctica tales propósitos.

Mejor harían en imitar la táctica recomendada por el obispo brasileño Helder Cámara (de la que nos ocupamos en otra parte de este número) la cual dentro de una aparente moderación, supone un instrumento de una eficacia práctica que encaja totalmente en las posibilidades de realización de cualquier país.

ROMA PROHIBE ASISTIR AL “CIDOC” DE CUERNAVACA

Nuestros lectores conocen la existencia en Cuernavaca (México) del llamado “Centro Intercultural de Documentación” (CIDOC), dirigido por Mons. Iván Illich y creado con el fin de preparar en lengua española, en historia, costumbres, modo de ser, etc., de sus habitantes, a los sacerdotes de EE. UU. que pasan a trabajar a Latinoamérica.

Al correr de los años, este centro, creado principalmente con el dinero y el apoyo del Cardenal Cushing de Boston y de la Universidad jesuítica de Fordham (Nueva York), fue derivando hacia un lugar donde, además de sacerdotes, monjas y religiosos que acudían allí en busca de una preparación mejor (y muy bien pagada) para su labor misional; junto a misioneros protestantes de varias denominaciones, se reunían

en él, discutían y conferenciaban personajes internacionales de las más diversas ideologías. Estos sociólogos o reformadores de la Iglesia o de la sociedad invitados a proponer y discutir libremente sus teorías coincidían sobre todo en el extremismo de sus postulados. El mismo Mons. Illich no se dejaba ganar por estas audacias y de palabra o por escrito demostraba pertenecer al grupo de los más avanzados.

Así llamó mucho la atención su artículo publicado en la revista jesuítica “America” (25 Marzo 1967), en el que criticaba a los Obispos y a los católicos de EE. UU. por su ayuda a Latinoamérica que resultaba un colonialismo larvado e impedía a las Diócesis de nuestro Continente que llegaran a su madurez e independencia. En otra ocasión (“El clero,

una especie que desaparece", publicado en la revista mexicana "Siempre", de 12 de Julio de 1967), arremetió contra "ese inmenso ejército de curas burócratas" que hoy son un lastre para el desarrollo futuro de la Iglesia y describió este futuro como constituido por pequeños grupos independientes de toda autoridad eclesiástica y regido —a estilo protestante— por laicos casados.¹

Esta extraña actitud alarmó justificadamente a los Obispos de EE. UU. y de México y a muchos otros católicos. El asunto llegó hasta Roma y finalmente, a los seis meses de una visita de Mons. Illich a Roma, llamado por la Congregación de la Doctrina de la Fe para que diera cuenta de su actuación, nos llega la noticia de que el Vaticano ha decidido prohibir a los sacerdotes o miembros de institutos religiosos, el estudiar en el citado centro de Cuernavaca.

Mons. Illich ha reaccionado publicando el interrogatorio al que —dice— fue sometido, y quejándose de falta de objetividad en las preguntas y considerando el "procedimiento" de estilo inquisitorial. Lo mismo han repetido los comentaristas de algunas revistas de

1.—Véase "ECA" Octubre 1967, págs. 659 y sigs., el comentario "Cómo será la estructura de la Iglesia del futuro, según Mons. Illich".

actualidad. Pero todo el ruido producido con este enfoque del asunto no deja de producir la impresión de que se trata más bien de una cortina de humo que desvíe la atención sobre el asunto principal y fundamental del caso. Lo que no ha podido negar Illich, ni se ha retractado de ello, son sus teorías sobre la inutilidad de enviar sacerdotes a Latinoamérica, ni sobre su concepto del sacerdocio al que considera constituido por miles de "empleados" a tiempo completo y sin el menor idealismo para su profesión. Y en este caso creemos honradamente que si alguien no tiene derecho a extrañarse de la prohibición hecha a sacerdotes y religiosos de seguir recibiendo un indoctrinamiento tan peregrino, es el Director de CIDOC. No Roma, sino el mismo Illich debió ser el que decidiera suspender este indoctrinamiento y persuadir a los que acudían a Cuernavaca de que lo mejor que podían hacer era volverse a sus diócesis de origen, ya que la labor a la que iban a entregarse en Latinoamérica era —según él— una labor nefasta.

Por otra parte, llama un poco la atención el que mientras deseaba consagrar aparentemente toda su actividad a la buena formación de estos miembros del "ejército de curas y de monjas" que caían en sus manos, al menos como ocupación principal, renunciara él mis-

mo a todo ejercicio del ministerio sacerdotal, privándose incluso del consuelo que constituye para todo sacerdote católico la celebración de la santa misa. Su ejemplo no parece debiera resultar muy alentador para los otros sacerdotes que acudían a Cuernavaca a recibir orientación en su futura labor apostólica.

Según el "Time" (14 Febr. 69) hace ya tiempo que la Conferencia de Obispos de México había pedido al difunto Cardenal Spellman que llamara a Illich a Nueva York (a cuya Diócesis pertenece Illich), pero éste había rehusado hasta que se adujeran razones convincentes. Al parecer las quejas llegadas a Roma y la misma actitud renuente de Illich han bastado ya ampliamente para dar la citada prohibición.

Ni las preguntas inconvenientes, que dice Mons. Illich se le hicieron respecto a terceras personas y a su modo de opinar en diversas materias, ni el escándalo que aparentan él y sus amigos, ni la publicidad dada a todo el asunto por él mismo, rozan para nada su sospechosa ideología ni suponen el menor cambio en su modo de pensar. Esto es lo que tiene importancia. Y esto es lo que ahora parece olvidar el travieso Director del Centro Intercultural de Documentación.

LA CASA DEL REPUESTO

JAIME PASCUAL PORTET

Repuestos originales de Volkswagen, Land Rover, Austin, Willys, Isuzu, Man y Ford Inglés.

Herramientas surtidas para Talleres y mecánicos en general.

Distribuidores exclusivos de solución INDIAN HEAD.

Use su crédito, somos afiliados a cuentas, S. A. y P. C. B.

SUCURSAL: 7ª Av. Norte y 1ª C. Poniente.

— Teléfonos: 21-7081; 21-3779 y 21-6570.

CASA MATRIZ: 25 Av. Sur y 4ª Calle Poniente.

— San Salvador, El Salvador, C. A.